

Dicho y hecho. Pasaron unas pocas semanas. La ponencia estaba concluida. Volví a Madrid. Visité a Eugenio. El llamó a Rafael y le contestó que me esperaba. Fui a casa de Gamba. Con la cortesía y la sonrisa habitual, estaba de mal humor o tenía prisa. Apenas me hizo pasar del umbral de su puerta. Le expliqué brevemente mi propósito y le dejé copia del trabajo y el número de mi teléfono. Salí de allí con la pesadumbre de haber cometido una impertinencia. En un esfuerzo de comprensión pensé en una frase del atribulado Donoso Cortés más de un siglo antes, que más o menos decía así: «Soy hartamente intransigente para convenir yo a nadie o que alguien me convenga a mí...»

No habían pasado tres horas, cuando recibí una llamada de Gamba, rogándome en el tono lacónico que le caracterizaba que volviera a su casa. Fui temblando. Abrió la puerta y me dio un abrazo. Sus ojos, creo, estaban aguados; mi alma, no voy a decirles cómo.

Me hizo pasar al gabinete donde solía recibir, adornado con reposteros familiares, selectos óleos antiguos y unos pocos muebles de corte escurialense, todo trasunto capitalino de su solar de El Roncal. ¡Cuántas veces, después, disfruté de aquella venerable estancia durante horas, unas veces acompañado del bueno de José María Cussell, otras del fogoso Galarreta, otras él y yo solos, con Dios!

Me ordenó que en adelante lo tuteara. Sirvió unas copas. Me habló durante largo rato de la combinación entre la fidelidad a los principios y la lealtad a las personas. Convencido de que ese era el eje principal de su actuación en su vida y su obra, me despedí emocionado, no sin antes quedar emplazado para que unos días después me llevara a Talavera. Así fui, en un día magnífico de otoño, con el aire dando en nuestra frente por la ventana del techo de su coche, con la cabeza fría y los pies calientes, como debe ser y como a él le gustaba, conducido por sus manos en aquel «el camino de Damasco».

Ante el dolor de su reciente ausencia, tengo la absoluta seguridad de que tiene que estar gozando los méritos de su obra y los sacrificios de su vida, con Gabriel, con Eugenio, con Francisco Elías y Gabriella, con Cussell, con Larramendi con tantos otros..., en la Gloria eterna.

JOSÉ DE ARMAS

VI

LOS GAMBRA Y LOS LARRAMENDI: UNA AMISTAD CARLISTA

Quiero expresar antes de nada mi satisfacción por haber sido invitado a participar en este acto, participación que hago como representante de una saga, la saga Larramendi, tan pareja a esa gran saga Gamba.

Mi intervención va a ser, y ha de ser, extra-académica. Y por muchas razones. En primer lugar porque es vicaria de la intervención que debería haber

tenido mi padre, y que estoy seguro le hubiera encantado hacer y como él se consideraba un mero francotirador de la filosofía y la historia, yo, que traigo causa de él, difícilmente podría ser más. En segundo lugar porque yo no voy a ponderar los logros y los importantes trabajos filosóficos y políticos de Rafael Gamba, que hablan por sí solos y de los que hablaréis otros. Y en tercer lugar porque está guiada sólo desde el afecto, desde la admiración, y desde la amistad.

Y esa amistad de la que hablo es una amistad carlista, es decir, tradicional, o lo que es lo mismo, que se entrega de generación en generación, y que habiendo comenzado por la amistad que tuvieron mi abuelo, don Luis Hernando de Larramendi, y el padre de Rafael, don Eduardo Gamba, se continuó en la amistad de mi padre, Ignacio Larramendi, y el propio Rafael, ha seguido con la mía con Andrés, José Miguel e Irene, y continúa con la amistad de mis hijos, y especialmente mi hija Coro, con muchos de los nietos de Rafael.

Pero la amistad de la que quiero hablar ahora es de la amistad que unió a mi padre y a Rafael, que aunque estuvo inducida desde la amistad de sus respectivos padres, se apuntaló en numerosas coincidencias, desde la vecindad en la residencia en los años de infancia, el común paso por el Colegio del Pilar de ambos, y sobre todo su condición de carlistas, antes de la República, durante la guerra, y después de ella.

Las peripecias carlistas conjuntas de Rafael y de mi padre serían prolijas de relatar, pero hay que mencionar la labor importante, sobre todo de Rafael, en aquellos tiempos de la primera posguerra, en la Academia Mella, y también con aquella peculiar aventura editorial que iniciaron en la casa de General Oraá de mis recién casados padres, con la Editorial Cálamo.

Tratando de hacerme eco de esa amistad, y también desde la admiración que desde niño sentía por Rafael, desde aquellas lecturas de algunas primeras obras infantiles suyas sobre cuevas y misterios en el Roncal, que yo leía en nuestra casa de San Sebastián, hasta la emocionante visita con él a las trincheras de Somosierra donde pasó la guerra, quería rendirle un homenaje de afecto.

Para ello debo utilizar la voz prestada de mi padre y leeros algunas líneas que él publicó como prólogo a su precioso *Liber Amicorum* que muñió Miguel Ayuso:

En la vida hay momentos de nostalgia, éste lo es para mí; me piden un prólogo en este «docto» homenaje, y yo, como ejemplar «solidario y solitario», pero no docto, me enorgullezco hablando de él, de sus andanzas, de sus actuaciones. No voy a hablar de él como filósofo, ni como político, sino como hombre de todos los tiempos, ejemplar de caballero y de viejo cristiano; como ser humano excepcional que no se deja abatir ni influir, arquetipo español y también arquetipo navarro, con lo bueno y lo malo de ambos cassos, quiero inicialmente destacar dos aspectos.

Rafael hombre; delgado, feo, indoblegable, agrio, aislado del tiempo, humilde, bondadoso, frío analista, hombre de otro tiempo y de éste. Ese es Rafael, inagotable en su modestia, intratable en su seguridad.

Rafael hombre libre; lo es, hay muy pocos como él, no tiene miedo, temor ni preocupación por su entorno ni por las apariencias, va adelante con sus principios, no ambiciona, no busca nada, salvo la verdad, su verdad. Sólo como él he conocido a otro: mi padre. Yo no lo soy ni lo he sido, no lo creo posible en el ámbito empresarial, tan difícil como en el «progre izquierdista». Mi padre fue libre de otra manera, pero lo consiguió hasta su muerte, nunca transigió, nunca se doblegó, nunca dejó de decir la verdad a nadie. Rafael y mi padre son ejemplo para los amigos y para otros, porque la única riqueza del hombre es su libertad, de que procede su independencia; lo demás son accesorios cómodos o no cómodos, pero no auténtica meta humana. El hombre nace para ser libre pero no siempre lo es, o quizás casi nunca lo es; por eso tampoco hay sociedad libre, aun cuando lo parezca. La verdadera libertad aparece en cualquier medio, o cualquier ambiente; en la cárcel, en el campo de concentración, en la miseria. Ojalá en este mundo hubiese más «rafaeles»; me alegro de haber sido amigo suyo.

Comprenderéis, amigos, que nada más profundo, nada más sincero y nada más admirativo podría decirse de Rafael, y por ello yo creo que a esas palabras que dejan traslucir la estampa hidalga del viejo caballero cristiano que ha sido Rafael Gamba, sólo puedo yo añadir una apostilla que os haga ver la fecunda fertilidad de esa amistad de Rafael Gamba e Ignacio Larramendi.

Porque en la amistad, como en el amor, lo que cuentan son las obras y no las buenas razones. Y los frutos, las obras de esa amistad, se han prolongado tras la muerte de Rafael y la de mi padre, quien dentro de la colección de Bibliotecas Virtuales que fomenta la Fundación Ignacio Larramendi, en la dedicada a los pensadores tradicionalistas, quiso que la primera obra que se acometiera fuera la digitalización de las obras completas de Rafael Gamba, como así ha sido, y podéis ver en este disco CD que os muestro, «Rafael Gamba digital», que contiene ni más ni menos que 775 escritos de Rafael, libros, ensayos, artículos, etc. que dan cuenta de la ingente labor que, con un extraordinario sentido de la propia exigencia, llevó a cabo Rafael Gamba.

Y también esos frutos se ven ahora en la reedición, que igualmente subsidia la Fundación Larramendi, de las obras de Carmela, mujer de Rafael, que con temática carlista publicó bajo el seudónimo de Miguel Arazuri, de la que aquí os muestro también el ejemplar del libro *Dulce Isabel*, que con *El Bandolero y Estrellas Negras*, pertenece a la serie El Hombre de la Boina Blanca, que junto con *El Hijo de Juan Osorio*, son las obras que tiene en proyecto publicar la Fundación.

Si hubiera habido más rafaeles otro gallo nos hubiera cantado en España. Terminar una intervención dedicada a Rafael tiene que incluir una petición al cielo, para la que la Providencia divina, en la que siempre creyó y esperó Rafael, nos haga concebir esperanzas para el futuro. Y para ello sólo una cosa

puede pedirsele a Dios Nuestro Señor: «Que nos bendiga con muchos rafaeles».

Porque de Rafael, tras su plena vida, ahora que nos ha dejado, bien puede decirse lo mismo que Jorge Manrique, en el último verso de sus famosas coplas, decía de su padre:

«Dejonos harto consuelo su memoria».

LUIS HERNANDO DE LARRAMENDI

VII

RAFAEL GAMBRA, UN HOMBRE CABAL

Todos ustedes habrán conocido homenajes y actos análogos que se han organizado con el secreto fin principal de difundir ideas o de maniobrar, utilizando a la persona homenajeada como ocasión o pretexto, instrumentalizándola y dejándola después relegada a un segundo plano. Como en otras materias, es frecuente que el burlado sea el último en darse cuenta. Este no es nuestro caso de hoy.

Un hombre de una pieza.—Porque Rafael Gamba y la Contrarrevolución en la España contemporánea no son dos cosas distintas, mejor o peor articuladas, sino que son una pieza. Rafael Gamba fue un hombre de una pieza y un hombre libre que puso su libertad y su monolitismo al servicio de la cosmovisión católica y española que amaba. No se podrá escribir la historia de la Contrarrevolución en España sin poner en el índice onomástico, tras su nombre, la palabra *passim*. Su condición de hombre de una pieza le situó siempre fuera de cualquier asociación, de cualquier tipo, ansiosa de poder mediante combinaciones, filigranas e ingenierías. Era fiel a su palabra y exigía que los demás también lo fueran a la suya.

Una estirpe.—En la primera mitad de la vida de Gamba hay que hablar del Carlismo. En la segunda mitad, hay que hablar, además, del Carlismo, de la Contrarrevolución en la Iglesia. Las guerras carlistas fueron la reacción de la España Católica contra las ideas de la Revolución francesa y del liberalismo, contra la europeización de España en el siglo XIX. Rafael Gamba era biznieto del general carlista Sanz, del Rey Don Carlos VII, miembro de una estirpe de carlistas en la que nace Rafael. En el siglo XX la definición de la reacción dicha se mantiene en sus líneas generales contra nuevas formas de europeización, que es apostasía. Rafael es uno de los caudillos carlistas del siglo XX. Su domicilio era un pequeño círculo carlista en el extremo de un reguero de visitantes, nacionales y extranjeros que acudían a pedir orientaciones y consejos políticos.

Va al Alto del León.—El 18 de julio de 1936, Rafael Gamba se incorpora al naciente Tercio de Requetés de Abárzuza y con él va al Alto del León a cerrar el paso a Castilla de las hordas rojas madrileñas vencedoras del cuartel de la